Cuando la conexión era *real*



Algo que le habría dado risa.
Y por un segundo pensabas en esa persona...
antes de recordar que ya no hablaban igual.

brain
strategist

En estas páginas

03 Antes del *silencio*

04 Cuando la conexión era *real*, pero el *camino no era el mismo*

05 Cómo alguien *se vuelve parte de tu día*
06 Cuando te *abriste*, y después todo cambió
07 La persona que imaginaste y la persona que encontraste
08 Me gusta, pero algo *no encaja*
09 Lo que el silencio deja sin *responder*
10 El duelo por lo que *todavía podía pasar*

11 Una *pausa*
12 Lo *que quedó*

13 Algo que se aprende *tarde*
14 Para quien inspiró estas *páginas*

Antes del *silencio*

Soy Marcela Bautista, y escribo sobre esas experiencias que muchas veces sentimos antes de saber cómo nombrarlas.

Desde Brain Strategist intento poner palabras a lo que ocurre dentro de nosotros: las emociones que no siempre entendemos, los patrones que seguimos repitiendo y las pequeñas cosas que nos ayudan a volver.

Estas páginas nacieron de una conexión que no terminó como imaginaba. Hubo conversaciones que me hacían reír cada noche, un viaje y la sorpresa de volver a sentir curiosidad por alguien.

También hubo dudas. Al conocernos más, empecé a preguntarme si quería continuar. Y cuando la cercanía empezó a cambiar, me encontré extrañando a alguien con quien no estaba segura de querer construir una relación. Me costaba entender cómo podían convivir esas dos cosas.

Escribí estas páginas para comprender esa mezcla y compartirla con quienes también han extrañado a alguien con quien les costaba imaginar una vida compartida.

-M.B
Fundadora y autora de Brain Strategist.

Cuando la conexión era real, *pero el camino no era el mismo*

Por qué puedes extrañar a alguien y, al mismo tiempo, reconocer que no querías construir la misma vida.

No hubo pelea.
No hubo una conversación final.
Ni siquiera un momento exacto.

Solo un día en que su nombre empezó a aparecer menos.

Y tú te quedaste ahí.
Con lo que habías sentido.
Con cosas que todavía querías contarle.

Seguiste trabajando. Contestaste otros mensajes.
Hiciste lo que tenías que hacer.

Pero a veces pasaba algo pequeño. Algo que le habría dado risa.
Y por un segundo pensabas en esa persona…
antes de recordar que ya no hablaban igual.

Y tú también tenías dudas.

Disfrutabas las conversaciones. Querías acercarte.
Pero al conocer más a esa persona, empezaste a notar cosas que te hacían preguntarte cómo sería estar juntos.

Las cosas de las que podían hablar durante horas.

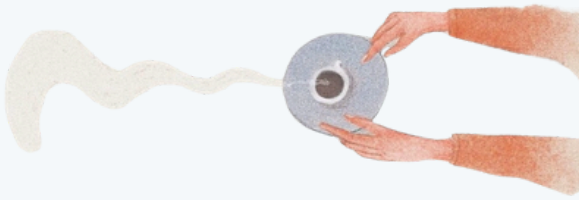
Las que apenas encontraban espacio en la conversación.
Lo que cada uno quería para su vida.

Había momentos en los que te sentías cerca.
Y otros en los que no lograbas imaginarte ahí.

No estabas segura de querer seguir.

Y aun así, duele.

Si yo también sentía que algo no encajaba… ¿por qué me afecta tanto que ya no sea igual?



Quizá esa pregunta te hizo desconfiar de lo que sentiste.
Releíste las conversaciones buscando el momento en que te ilusionaste de más. O la prueba de que confundiste la cercanía con algo que nunca estuvo ahí.

Pero hay otra pregunta.
Una que no depende de lo que sentía la otra persona.

¿Qué era lo que te hacía bien de esa conexión?
¿Y qué empezaste a notar que te faltaba?

Puedes haber disfrutado lo que compartieron y haber visto diferencias que importaban.

Aceptar una parte **no hace desaparecer la otra.**

No siempre empieza con una decisión.

A veces empieza con un mensaje por la mañana.
Una foto de algo que está haciendo.
Una conversación que termina tarde.

Al día siguiente retoman algo que quedó pendiente. Te pregunta cómo salió lo que le contaste. Tú recuerdas que tenía un día difícil y quieres saber cómo está.

Poco a poco, la conversación ya no empieza de cero. Continúa de un día a otro.

Y empiezas a hacerle espacio.

Te pasa algo y piensas en contárselo. Escuchas una canción que le gustaría. Terminas de trabajar y te preguntas si ya habrá escrito.

Todavía no han hablado de lo que están construyendo. Pero esa presencia ya forma parte de algunos momentos de tu día.

La cercanía también crece cuando sientes que alguien te escucha, recuerda lo que compartes y trata de comprenderte. En esos intercambios puedes empezar a sentirte más conocida, incluso antes de saber bien quién es la otra persona.

Quizá una conversación te deja pensando durante horas. Otra te permite decir algo que normalmente guardarías. Empiezas a tener ganas de volver a ese espacio porque te gusta cómo te sientes ahí.

Eso no es poco.

Y mientras tanto pasa algo que casi no notas. Cuando algo se repite casi todos los días, el cuerpo suele empezar a contar con eso. No necesita que lo decidas. A cierta hora, la mano ya va al teléfono antes de que lo pienses. Ese mensaje se vuelve parte de cómo termina el día.

Al mismo tiempo, hay partes de esa persona que no conoces.

Cómo responde cuando algo le incomoda.
Qué pasa cuando quieren cosas distintas.
Cómo se relaciona contigo fuera de esas conversaciones.

Cómo alguien *se vuelve parte de tu día*

La cercanía puede crecer mientras todavía estás descubriendo si hay un camino compartido.

Por eso, cuando el contacto cambia, quizá extrañas cosas muy concretas: la conversación al terminar el día, su interés por algo que te preocupaba, tener a quién enviarle esa foto.

Puedes reconocer el lugar que esa presencia tuvo para ti sin saber qué lugar tenía para la otra persona.

Esa diferencia deja una pregunta abierta.

ENTENDERLO NO BASTÓ

Hubo un momento en el que lo entendí. La conexión, la química, las razones por las que no iba a funcionar.
Y aun así, algo seguía pesando.

Durante mucho tiempo pensé que necesitaba una respuesta. Que si entendía lo suficiente, el peso iba a desaparecer.

No fue así.

Hay cosas que la mente resuelve rápido. **El cuerpo tarda más en soltarlas.**

Por eso escribí esto. Para nombrar esa distancia.

— Una voz entre muchas

Cuando te *abriste*, y después todo cambió

En algún momento la conversación cambió.

Dejaste de contar solamente cómo había sido tu día. Empezaste a hablar de cosas que no aparecen en cualquier conversación.

Una parte de tu historia.
Algo que todavía te cuesta.
Lo que esperas de tu vida y apenas dices en voz alta.

Quizá no lo habías planeado. Una pregunta llevó a otra y, cuando te diste cuenta, estabas contando algo que casi nunca cuentas.

La otra persona escuchó. Compartió algo suyo. O volvió días después a preguntarte por aquello que habías dicho.

Y esa conversación empezó a tener otro lugar para ti.

Abrirte puede hacer que alguien se sienta más cerca, sobre todo cuando lo que recibes de vuelta es interés y cuidado. Ya no se están contando solo lo que pasó en el día. Estás descubriendo cómo se siente que alguien conozca esa parte de ti.

Tal vez terminaste de hablar y seguiste pensando en lo que habías contado.

Hace mucho no hablaba de esto con alguien.

Después, cuando el contacto cambió, también cambió la forma en que mirabas ese momento.

¿Conté demasiado?
¿Me acerqué muy rápido?
¿Para la otra persona significó lo mismo?

Lo que antes recordabas con cariño **empezó a darte vergüenza.**

Te preguntabas si habría sido mejor mantener la conversación en un lugar más ligero.

Si el cambio llegó después de abrirte, es fácil que ese momento se convierta en el punto al que vuelves una y otra vez. Buscas la explicación en algo que hiciste.

Pero que algo haya pasado después no significa que haya pasado por eso.

Quizá hoy ves señales que entonces no notaste. Quizá te habría gustado ir más despacio. Eso puede ser cierto. Pero no convierte lo que compartiste en una prueba en tu contra.

Sentir confianza no era lo mismo que saber cómo iba a seguir la historia.

También puede doler recordar cómo te sentías en esas conversaciones.

La facilidad con la que hablabas.
Las ganas de compartir.
El descanso de no tener que medir cada palabra.

Eso también se extraña.

ALGO QUE SE REPITE

Aparecía todos los días. El mismo lugar, el mismo café ☕.

Al principio era solo eso, una constancia que sin darme cuenta empezó a sentirse como algo.

Una noche empezó a aparecer de otra manera. Me abría la puerta. Pequeños gestos, repetidos, de los que te hacen pensar: **esta persona me ve.**

Pero había una sensación quieta. Sin nombre todavía. **El cuerpo sabe antes** de que haya algo que saber.

— Una voz entre muchas

La persona que imaginaste *y la persona que encontraste*

Antes de verse en persona, ya conocías algunas cosas.

Cómo escribía.
Qué le hacía reír.
Las historias que había elegido contarte.

Pero todavía quedaban espacios.

¿Cómo sería una tarde sin nada especial que hacer?
¿De qué hablarían cuando se terminaran las historias que ya conocías?
¿Cómo se sentiría estar cerca sin una pantalla en medio?

Quizá imaginaste esas escenas sin detenerte demasiado en ellas. Una conversación agradable hacía más fácil esperar que el encuentro también lo fuera.

Cuando conoces a alguien sobre todo por lo que escribe, es fácil que la mente complete lo que falta. No lo hace con datos. Lo hace con lo que esperas.

Y casi nunca te avisa qué parte conociste y qué parte pusiste tú.

Después estuvieron en el mismo lugar.

Y pudiste conocer otras partes.

La manera de escuchar.
Cuánto lugar había para lo que a ti te interesaba.
Lo que cada uno esperaba de los próximos años.

Disfrutabas su compañía, estar cerca, compartir ciertos momentos. Pero alguna conversación te dejó pensando.

Algo que a ti te despertaba curiosidad casi no generaba preguntas del otro lado. Una idea de futuro que dabas por compartida resultó ser distinta. Empezaste a preguntarte cómo sería llevar esas diferencias a la vida de todos los días.

La atracción seguía ahí.
Construir algo era otra cosa.

Y quizá eso fue lo que más te costó reconocer.

Porque habías esperado el encuentro. Habías hecho espacio para esa posibilidad. Una parte de ti quería que la cercanía confirmara lo que venían sintiendo.

Por eso alguna duda pudo parecerte injusta.

¿Estoy pidiendo demasiado?
¿Por qué me importa esta diferencia si lo estamos pasando bien?

No todas las diferencias pesan igual. Algunas despiertan curiosidad y te muestran algo que no conocías. Otras tocan algo que necesitas para sentirte acompañada.

Como poder hablar de lo que te mueve sin hacerlo más pequeño.

Tal vez todavía no sabías cuáles eran las tuyas. Solo empezabas a notar que, al imaginar un próximo encuentro, junto a las ganas también aparecían preguntas.

Y esas preguntas también eran parte de conocer a esa persona.

Me gusta, pero algo *no encaja*

Después del encuentro, a veces bastaba una conversación para que volvieran las ganas.

Te escribía. Te hacía reír. Recordabas un momento juntos y querías repetirlo.

Más tarde, cuando pensabas en continuar, regresaban las dudas.

Podías pasar de una cosa a la otra en el mismo día. Y eso hacía difícil responder una pregunta que parecía sencilla:

¿Quiero seguir conociendo a esta persona?

Si decías que sí, sentías que estabas dejando de lado algo que te importaba.
Si decías que no, te costaba aceptar que también había momentos que querías conservar.

A veces llamamos confusión a esa experiencia porque esperamos que lo que sentimos apunte en una sola dirección. Pero se puede disfrutar la cercanía con alguien y, al mismo tiempo, tener reservas sobre una relación.

Eso tiene nombre: ambivalencia. No dice qué decisión tomar. Solo reconoce que hay más de una parte de ti pidiendo atención.

Una parte recuerda lo bien que se sentía hablar.
Otra recuerda cómo terminó cierta conversación, lo que no pudiste compartir, la diferencia que seguía ahí al día siguiente.

Las ganas de volver no responden por sí solas a la pregunta de cómo sería quedarse.

Tal vez intentaste resolverlo dándole más peso a uno de los dos lados.

Después de un mensaje bonito, tus dudas parecían exageradas.
Después de un momento incómodo, te preguntabas qué habías visto en esa persona.

Lo más reciente **ocupaba todo el espacio.** Y así era difícil mirar la historia completa.

Pero cuando lo mirabas más despacio, aparecían cosas más concretas.

Quizá te gustaba su compañía, pero te hacía falta interés por algo central en tu vida.
Quizá querías otro encuentro, y todavía no sabías cómo hablaban ustedes de lo que no coincidía.

No es lo mismo una pregunta pendiente que una diferencia que ya viste repetirse.

Hasta ahí, casi todo había girado alrededor de si esa persona te elegiría.

¿Qué estaba eligiendo yo cuando quería seguir?
¿Qué esperaba que cambiara para poder sentirme cómoda?

Puede que todavía no lo supieras.

Pero había dudas que volvían incluso cuando la conversación había ido bien.

Esas no se iban con un mensaje bonito.

Lo que el silencio deja sin *responder*

Al principio, todavía esperabas.

Había días de mucho trabajo. Conversaciones que se retomaban más tarde. Podía haber una explicación.

Después los silencios se hicieron más largos.

Abrías el teléfono y la conversación seguía en el mismo lugar. El último mensaje empezaba a sentirse distinto cada vez que lo leías.

Quizá volviste a la última despedida, preguntándote si había sido más distante de lo que recordabas.

Y los mismos mensajes daban para explicaciones distintas. Una frase podía parecer cariñosa por la mañana y evasiva unas horas después.

Tenías preguntas, pero **ninguna información nueva**.

¿Perdió el interés?
¿También tuvo dudas?
¿Esperaba que yo escribiera?

Cada posibilidad cambiaba lo que pensabas hacer. Y mientras intentabas elegir la correcta, seguías pendiente.

Cuando una historia queda sin cerrar, la mente suele seguir buscando la pieza que falta. No porque seas obsesiva. La atención tiende a volver a lo que quedó incompleto: revisa, compara, busca. Y el silencio no le da nada nuevo con qué terminar. Solo más espacio para interpretar.

Sabes que el contacto cambió. Lo que no sabes es qué pensó o sintió la otra persona. Sin una conversación, cualquiera de esas respuestas sigue siendo una posibilidad.

Mientras tanto, la espera también te estaba pasando a ti.

La distracción en medio del trabajo. Las veces que revisas el teléfono. Lo difícil que se vuelve disfrutar algo sin pensar si habrá llegado un mensaje.

Puede que hayas pasado tanto tiempo tratando de entender qué le pasó a la otra persona que apenas miraste lo que te estaba pasando a ti.

¿Quiero escribir porque tengo algo que decir… o para que la incertidumbre pare un rato?

Quizá todavía quieras una explicación. Y habrá momentos en los que vuelvas a mirar.

La conversación sigue incompleta.

Pero a veces algo cambia en lo pequeño.

Una tarde en la que no releíste.
Una conversación con alguien a quien por fin le contaste cómo te afectó.
Un rato en el que hiciste algo sin revisar después el teléfono.

No porque ya no te importe.
Porque, por un rato, había otra cosa en ese lugar.

El duelo por lo que *todavía podía pasar*

Aunque tenías dudas, quizá todavía esperabas otro encuentro.

Querías ver cómo se sentían juntos una segunda vez. Retomar una conversación. Conocer algo que había quedado pendiente.

Había partes de la historia que aún no habías decidido cerrar.

Por eso, cuando dejaste de esperar que esa conexión se convirtiera en una relación, no se fue solo lo que ya habían vivido.

Una visita que habían mencionado.
Un lugar al que querían ir.
Algo que guardaste para contarle en persona.

Esas posibilidades ya tenían un pequeño espacio en tu vida. Algunas eran planes compartidos. Otras eran expectativas tuyas, cosas que imaginabas sin saber si llegarían a ocurrir.

Distinguirlas es difícil cuando todo queda atrás al mismo tiempo.

Quizá extrañabas las conversaciones que sí tuvieron. Y también te dolía pensar en aquella tarde que nunca llegó.

Como no hubo una relación definida, te costaba explicarlo.

¿Cómo voy a decir que esto me duele si apenas nos estábamos conociendo?

Entonces lo contabas rápido. Decías que **no había sido nada serio.** Le quitabas importancia antes de que alguien pudiera preguntarte.

Después llegabas a casa y seguías pensando en eso.

Una historia breve también puede dejar cosas importantes: momentos de cercanía, una expectativa, las ganas de seguir descubriendo a alguien. Lo que duró no dice por sí solo todo lo que significó.

Y puede doler que haya terminado antes de que pudieras decidir qué querías hacer con ella. Ya te estabas haciendo preguntas. Solo esperabas tener tiempo para responderlas.

Ahora algunas van a quedar abiertas.

Lo que no llegó a ocurrir tiene algo particular: nunca alcanzó a mostrar sus dificultades. En tu imaginación, otro encuentro **todavía puede salir bien.** Las diferencias que ya habías visto, en cambio, pertenecen a lo que sí conociste.

A veces "no era para mí" es otra forma de decir "no fue nada". Ayuda a cerrar rápido. Pero deja afuera lo que sí fue.

Había razones para dudar.
También te habría gustado un cierre.



Hay tardes que vuelven a ser tuyas.
Lees una página entera sin levantar la vista.
Comes algo despacio.
Y por un rato, nada te está esperando.

Lo que *quedó*

Quizá un día te pasó algo y ya no pensaste primero en contárselo.

Otro día sí.

Recordaste una conversación. Te dieron ganas de escribir. Por un momento imaginaste lo agradable que sería volver a hablar.

Después también recordaste tus dudas.
Las dos cosas seguían ahí, aunque ya no llenaran todo el día.

Puede que todavía te cueste aceptar esa mezcla. Que sientas que, si de verdad entendiste por qué no veías un camino juntos, ya no deberías extrañar.

Y entonces cada recuerdo se vuelve una pequeña discusión contigo misma. Una conversación bonita, y enseguida la duda que la acompaña.

Quizá ahora puedes nombrarlo mejor.

Antes sabías que algo no encajaba, pero te costaba explicarlo sin sentir que estabas pidiendo demasiado. Ahora reconoces qué necesitabas para seguir acercándote.

Tal vez eso sea parte de lo que quedó: una idea más concreta de la relación que deseas.

No una lista perfecta. Tampoco una garantía de que la próxima historia será sencilla.

Solo algunas cosas que quieres escuchar antes en ti misma. Algo importante que quieres poder compartir sin preguntarte si es demasiado.

Y quizá, poco a poco, la historia empieza a quedarse donde terminó.

Sin borrar lo que sentiste.
Sin seguir esperando que sea algo más.

LO QUE NO ALCANCÉ A DECIR

Llegó contándome sus historias. Las de su vida, las de su infancia.

Me hacía reír cada noche en medio de un chat. Y también cuando por fin nos vimos.

En medio del trabajo, el cansancio y todo lo que había que sostener, alguien me hizo tomar un avión. Ir a un lugar nuevo. Sentir otra vez la brisa del mar.

Me recordó lo que era reír sin pensar en nada más. Lo que era **sentir curiosidad por alguien.**

Y que todavía hay partes de mí que aparecen cuando alguien llega sin tanto plan.

No sé si esto fue una historia. Quizás solo fue un momento.

Y por eso, gracias.

— M.B

Para quien inspiró estas páginas

Por las conversaciones que alargaban la noche.
Por la curiosidad que volvió sin avisar.
Por lo que esta historia me ayudó a ver.

Algunas conexiones no se convierten en lo que imaginamos.
Se convierten en otra cosa.

———

Esta, en una amistad que sigue.

– M.B



“Escribo sobre lo que sentimos antes de saber cómo nombrarlo.”

Para quienes aprendieron a funcionar
antes de aprender a escucharse.

Si algo de estas páginas te habló,
me encantaría leerte.

brainstrategist.com

Read it in English

Sobre las historias

Las historias firmadas como *Una voz entre muchas* están inspiradas en experiencias reales compartidas por otras personas. Fueron resumidas y adaptadas para proteger su anonimato. No son citas textuales.

Edición en español · 2026